

mostrado muy indulgente en el primero asegurando precedentemente que la capacidad media de los obreros de los dos pueblos es igual, sobre todo si se considera que la especialización del trabajo, que aminora mucho el valor intelectual del obrero europeo, es completamente desconocida del obrero indio.

7.º — VIDA PÚBLICA Y PRIVADA DE LOS INDOS

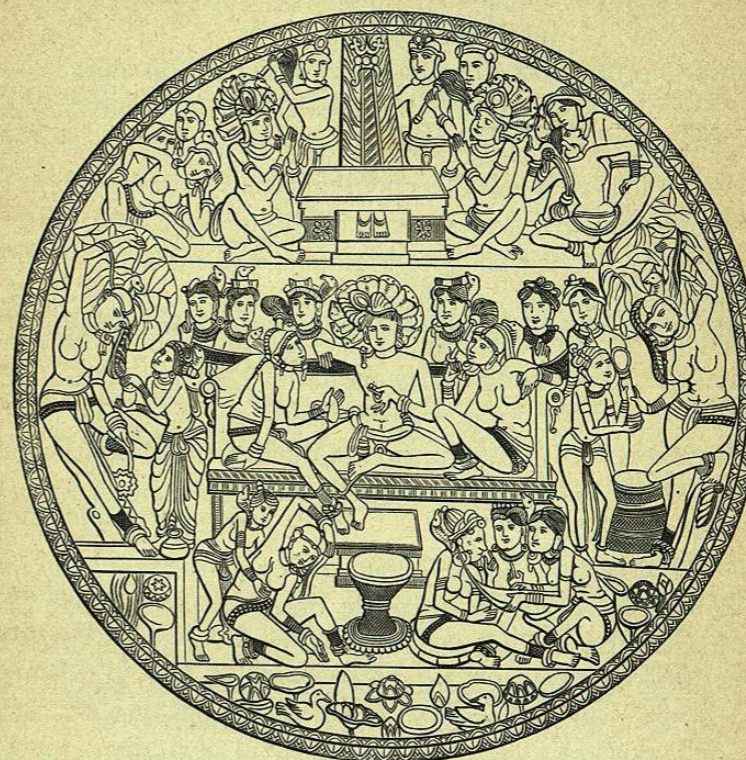
En nuestros capítulos consagrados al estudio de las razas hemos hablado de los usos y costumbres especiales de las diversas poblaciones que habitan la India. Nos falta dedicar en este párrafo algunas palabras á las comunes á la gran mayoría del pueblo indio.

La vida pública de los indios en las recepciones, en las fiestas religiosas, en las revistas, en las procesiones, es tan fastuosa, elegante y espléndida que mil relatos entusiastas han intentado pintarla á nuestras imaginaciones occidentales. Su vida privada es, por lo contrario, extremadamente sencilla.

Con poca diferencia la alimentación, los hábitos y el alojamiento de los ricos son los mismos que los de los pobres. La comida de unos y de otros se compone de vegetales, aceite ó manteca clarificada, especias y de agua clara. Unos y otros comen con los dedos y puestos de cuclillas en el suelo. La sola diferencia está en la riqueza ó la sencillez del tapiz, de la estera ó del pedazo de tela sobre que están sentados. Toda la vajilla consiste en platos de hojas de plátano; y hasta en este punto el lujo se encuentra entre las clases inferiores, quienes únicamente se sirven de platos de barro ó de metal. La razón está en que un hombre de casta teme sobre todo comer en un cacharro que haya servido á un sudra ó á un paria, y por consecuencia, usa sólo hojas de árbol, destruidas en cuanto se ha servido de ellas. Las gentes de las clases bajas, que no tienen los mismos escrúpulos, se contentan con lavar cuidadosamente sus utensilios.

Los muebles no diferencian más la casa de un comerciante

opulento de la cabaña de un labrador; faltan en la una como en la otra. La elegancia de un interior consiste únicamente en la ornamentación de los muros, á veces esculpidos é incrustados, en la riqueza de las cortinas de seda que sirven de *portieres*, de



Bajo relieve del tope de Amravati que representa á personajes nagas ante una copa sagrada y junto á un símbolo de adoración

alfombras extendidas sobre el suelo y de cojines sobre los cuales se ponen en cuclillas ó se reclinan.

Las habitaciones más elevadas y más espaciosas, los jardines que las rodean, el agua que murmura al caer en las pilas, los vestidos más suntuosos, las alhajas más recargadas y más ricas, he aquí las principales ventajas exteriores con que la fortuna embellece la vida privada. En cuanto á la frugalidad de las comidas es universal, y las prácticas religiosas observadas en

todo instante del día, en todas las clases de la sociedad, hacen casi uniforme la vida de los habitantes de la India, cualquiera que sea su condición.

Esas prácticas consisten en abluciones y en plegarias hechas y dichas por la mañana, al mediodía, por la tarde y sobre todo antes de comer ó inmediatamente después.

El indio no empieza su trabajo, no detiene á un amigo, no intenta dormir sin invocar á los dioses. Para no olvidar ninguna de sus numerosas oraciones, se sirve de un rosario como los musulmanes y los católicos. Frecuentemente se contenta con pronunciar los nombres diversos de sus divinidades.

Es más fácil describir la vida pública del indio que dar detalles sobre su existencia íntima, pues es muy celoso del secreto de su hogar y no deja apenas al extranjero penetrar en él, aunque es extremadamente hospitalario y sumamente afable y cortés.

Las mujeres de su familia no se dejan ver del visitante y el dueño de la casa se ofendería gravemente si uno se atreviese solamente á hablar de ellas.

Cuando se visitan entre ellos, son evidentemente los indios más familiares; pero no dejan de observar las leyes de la etiqueta más rigurosa. Todo está reglamentado según la diferencia de las categorías, sobre todo el lugar de cada uno en la sala de recepción. Si está presente un rajá ó un príncipe real, se sienta bajo un dosel colocado al fondo del lado contrario á la puerta; se escalonan los demás á lo largo de la habitación; los menos distinguidos son los más próximos á la entrada. Todo el mundo se pone en el suelo en cuclillas sobre alfombras ó sobre cojines.

En una visita es siempre el visitado quien da á los extraños la señal de la despedida. Lo hace por medio de una fórmula convencional, preguntando, por ejemplo, si tendrá pronto el placer de volver á ver á sus visitantes, ó bien ofreciéndoles betel ó agua de rosas.

Los indios del Norte de la India están generalmente vestidos

á la musulmana; pero los del centro y los del Sur han conservado el traje tradicional, que consiste en un trozo de tela que les envuelve las caderas y otro que les rodea la cabeza. En las mujeres la tela que rodea las piernas y que llaman *sari* es más amplia y



Bajo relieve de Amravati que representa á Sudyata en la fiesta de la escudilla de oro

á veces da la vuelta por encima de la cabeza y sirve para taparles la cara; llevan también una chaquetilla corta que deja al descubierto la cintura. No usan zapatos, sino babuchas de punta encorvada, de que no se sirven sino en el exterior y dejan á la entrada de las habitaciones. En casa llevan siempre los pies desnudos.

El aspecto de las aldeas indas es animado y alegre. La mayor parte de las casas tienen un solo piso. Sus muros son de troncos de bambú, como en Bengala; de tierra con los techos de tejas, como en el Indostán propiamente dicho, ó con techos en forma de terraza, como en el Dekkán. Casi á cada paso se levantan pequeñas pagodas y en medio de la aldea se eleva la casa de la villa ó del común, donde se reúne el *panchayat*. Esta casa no es de ordinario sino un techo sostenido sobre columnas ó una plaza resguardada del sol por hermosos árboles. Se reserva aparte un barrio para los parias. Se evita cuidadosamente su contacto; pero no obstante, no se los maltrata. Su suerte es á poca diferencia la de los mendigos en Europa.

En las grandes ciudades de la India, las calles son estrechas y están siempre concurridas; una muchedumbre confusa circula por ellas constantemente; las gentes ricas las recorren en palánquines seguidos de mozos que deben relevarse. Las tiendas están por completo abiertas sobre la calle; los compradores no entran en ellas, pero escogen y pasan delante de los mostradores. El lugar más animado de la ciudad es el bazar donde se hallan todos los comerciantes. Las pagodas están también siempre llenas por la muchedumbre, así como el acceso á las fuentes de las abluciones.

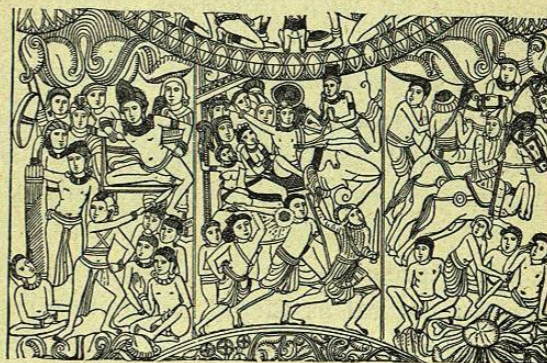
Todo lugar de culto tiene su estanque sagrado, donde los hombres, las mujeres, los niños van á todas horas del día á hacer sus abluciones en un agua que frecuentemente está muy sucia.

En las ciudades situadas á lo largo del Ganges, el agua sagrada es la del mismo río. Se descende por medio de escaleras siempre muy altas á causa de los cambios de nivel del río; estas escaleras se llaman *ghats*. Durante las grandes fiestas religiosas se cubren de peregrinos, y durante la noche resplandecen en ellas maravillosas iluminaciones. Ningún espectáculo más hermoso que la imponente superficie del Ganges reflejando las luces de todos colores encendidas sobre sus márgenes á lo largo de las terrazas de los palacios y de las gradas de las esca-

leras. Algunas brillan en lo alto de mástiles elevadísimos como para rivalizar con las estrellas.

Entienden muy bien los indos este género de decoración. Sus fiestas son siempre muy hermosas por la animación de las muchedumbres que en ellas se reúnen y por la pompa que despliegan. Hay fiestas locales propias de una ciudad, de una casta, de una secta en particular; pero hay también grandes fiestas generales donde se confunden todos los cultos.

Tales son las ferias y las peregrinaciones religiosas que tie-



Bajo relieve. Cara interior de una pilastra de Amravati

nen el privilegio de reunir en un mismo lugar la mayor concurrencia popular. Estas son, por otra parte, ceremonias casi inseparables. Los comerciantes siguen á los peregrinos y aumentan su número; además no se abre ninguna feria sin comenzar por ceremonias en honor de los dioses.

Los niños indos, generalmente inteligentes y bellos, crecen en plena libertad. Los de las clases pobres corren completamente desnudos por las calles y los campos. Los de las ricas reciben alguna instrucción de los brahmanes agregados á la casa de los padres como preceptores. Pocos van á la escuela, á pesar de los esfuerzos del gobierno inglés. A los diez ó doce años se casan.

Las mujeres viven, como hemos visto, en una dependencia completa. Cuando salen con su marido á la calle, le siguen á

algunos pasos de distancia. Si viajan con él en camino de hierro, no van sino en tercera clase, mientras que el marido va de ordinario en segunda. No comen sino después de él y le sirven durante su comida.

Los indos bracmánicos queman sus muertos, á excepción de los niños, que generalmente entierran hasta la edad de seis ó siete años.

La hoguera está preparada en un hoyo poco profundo; está formada de leña menuda, que para los ricos es de madera de sándalo y de boñigas de vaca desecadas, materia considerada en la India como un combustible sagrado. El cuerpo y todo el montículo son recubiertos de una delgada capa de tierra de greda húmeda, y antes de cerrarlo, se prende fuego á la hoguera. La combustión se realiza en cinco ó seis horas. Al día siguiente los parientes recogen los huesos calcinados para arrojarlos al mar ó al río.

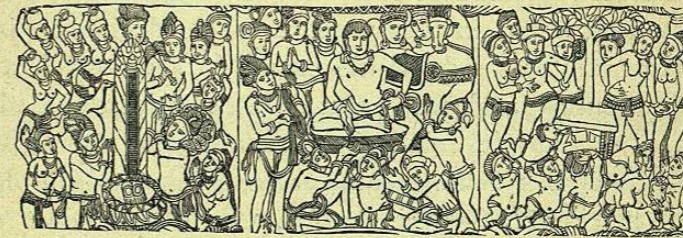
Los indos, tan expresivos para el dolor, lo son igualmente para la alegría. Su natural es alegre. Gustan de las reuniones, los juegos y los placeres disfrutados en común. Sobrios habitualmente, dan en ciertas ocasiones las comidas más suntuosas. La principal fiesta de familia es para ellos la de boda. Nada se economiza en esta fiesta. Los más pobres se arruinan y se llenan de deudas para reunir á sus vecinos en el festín tradicional.

Para los ricos todas las ceremonias van acompañadas de carcerías sobre elefantes y de danzas de bayaderas. Las comitivas de caza de los señores de la India constituyen con sus elefantes ricamente cubiertos, los caballos brillantemente enjaezados y sus cuadrillas de servidores vestidos vistosamente, uno de los más hermosos espectáculos, no sólo para un aficionado á los *sports*, sino también para un artista.

En cuanto á las bayaderas, forman parte de todas las ceremonias religiosas y civiles de los indos. Las pobres niñas, poco graciosas y muy mal vestidas, que por una corta suma vienen á bailar ante los extranjeros en los hoteles de las grandes ciudades ó hasta las casas de los particulares ricos, no pueden dar al

européo idea de esas criaturas encantadoras envueltas en ligeras gasas y cubiertas de centelleantes joyas, cuya pantomima misteriosa y ondulante se desarrolla en el fondo de una pagoda del Sur de la India y cuya principal función es bailar delante de los dioses.

Los grandes señores indos son muy hospitalarios, y cuando reciben algún personaje recomendado, la acogida que le dispensan es de príncipe. No podría terminar mejor este rápido bosquejo de algunos usos de la India que haciendo, á título de



Bajo relieve de la cara interior de una pilastra de Amravati

ejemplo de las costumbres de los soberanos indígenas, el relato de mi recepción en la corte de Bhopal.

Este pequeño Estado estaba entonces gobernado por una reina. Anunciada mi llegada, me envió uno de los coches de su corte y una escolta de caballeros, que me condujo á uno de sus palacios. Fuí allí recibido por numerosos servidores cargados de canastillos de frutas y de flores y precedidos por un ministro encargado de representar á la reina ante el extranjero.

Apenas había entrado, un oficial del palacio se aproximó á mí.

«La reina, dijo, me envía á saludar al señor extranjero y á preguntarle qué desea.»

Habiendo el «señor extranjero» expresado prosaicamente su deseo de comer, fué dada una señal; levantóse un tapiz y observé en la sala inmediata una mesa servida á la europea, con candelabros, cristalería, vajilla de plata, y rodeada de criados vestidos de telas tornasoladas, de pie é inmóviles como estatuas de bronce envueltas en seda.

Apenas me había sentado, oí resonar fuera un campanileo. Era, como me lo explicaron, que la reina se acostaba. Pero la graciosa majestad no se durmió sin hacerme preguntar de nuevo si deseaba algo.

Pedí una escolta para dirigirme á Sanchi al día siguiente. A la mañana elefantes y jinetes me esperaban delante de la puerta, y por la tarde, cuando llegué á Sanchi, encontré una tienda de campaña dispuesta para mí, con camas cubiertas de telas de seda y todas las delicadas atenciones de la hospitalidad oriental.

Una acogida igualmente cortés me fué dispensada por el rey de Chatterpor, quien en Khajurao, en pleno desierto, hizo levantar para mí una tienda donde encontré todos los refinamientos del lujo europeo. A mi vuelta de esta antigua ciudad, hoy desierta, el regente del reino vino, escoltado por los ministros y por los principales señores de la corte, á saludarme á algunas leguas de la capital. A decir verdad, esta hospitalidad resulta casi molesta cuando los rajás llegan hasta hacer disparar el cañón en el momento en que el viajero europeo entra en su capital. No obstante, si uno gusta de la pompa y el fausto del Asia, las brillantes escoltas en marcha y la multitud de vestidos lujosos en una luz incomparable, se presta á todos los honores que le dedican tan amables huéspedes y se les guarda siempre un recuerdo de reconocimiento.

Por otra parte, en esos suntuosos espectáculos no es todo exclusivamente placer de los ojos y de la imaginación. El crítico y el historiador hallan en ellos tarea lo mismo que el artista.

Penetrando en Hyderabad, por ejemplo, sobre el lomo de un elefante, y viendo desplegarse en torno las escoltas militares del Nizam brillantemente vestidas, se tiene ante los ojos la imagen exacta de una gran capital del tiempo del apogeo musulmán.

Hyderabad, la capital de los Estados del Nizam, es de todas las ciudades de la India una de las que han conservado mejor la fisonomía de los pasados siglos y los esplendores maravillosos de las antiguas cortes orientales. Corresponde con poca

diferencia á nuestro período feudal, aunque el feudalismo propiamente dicho no haya jamás existido en Oriente. Pero se siente uno transportado al período de los Armagnacs y de los Bourguignons, cuando se ve á los vasallos del Nizam poseer en propiedad ejércitos independientes acampados en la capital misma del soberano.